

acompañado de dos oficiales de gendarmería y dos soldados del mismo cuerpo. El coronel Charlot me anunció que íbamos á casa del general de division, quien habia recibido órdenes de París. En vez de esto me hallo con un carruaje de camino con seis caballos en la plaza de la iglesia. El subteniente Petermann subió á mi lado; el comandante del distrito, Blittersdorff, en el pescante; dos gendarmes dentro y otro fuera.»

Aquí el naufrago, próximo á sumergirse, interrumpió su diario.

Habiendo llegado á eso de las cuatro de la tarde ante una de las barreras de la capital; adonde desemboca el camino de Strasburgo, el carruaje, en vez de entrar en París, siguió el boulevard exterior, y se detuvo en el fuerte de Vincennes. El príncipe bajó del carruaje en el patio interior, y fue conducido á una habitación de la fortaleza, donde le encerraron, quedándose dormido al poco tiempo.

A medida que el príncipe se iba acercando á París, Bonaparte afectaba una tranquilidad que no tenia. El 18 de marzo partió para Malmaison: era el domingo de Ramos. Mad. Bonaparte, que, como toda su familia, se hallaba instruida de la prision del príncipe, le habló de ella. Bonaparte le dijo:—«Tú no sabes nada de política.» El coronel Savary habia llegado á obtener el favor de Bonaparte; y por qué? Porque le habia visto llorar en Marengo. Los hombres excepcionales deben desconfiar de sus lágrimas, que les ponen al nivel de los hombres vulgares. Las lágrimas son una de esas debilidades por las que un testigo puede hacerse dueño de las resoluciones de un gran hombre.

Asegúrase que el primer cónsul hizo redactar todas las órdenes para Vincennes. Decía una de estas órdenes que si la sentencia resultase ser una sentencia de muerte, debía ser ejecutada al momento. Creo esto, aunque no lo puedo afirmar, puesto que aquellas órdenes han desaparecido: Mad. de Remusat, que en la noche del 20 de marzo jugaba al ajedrez en Malmaison con el primer cónsul, le oyó recitar por lo bajo algunos versos sobre la clemencia de Augusto; creyó aquella por un momento que se habia salvado el príncipe. Pero no, el destino habia pronunciado su oráculo. Cuando Savary volvió á aparecer en Malmaison, Mad. Bonaparte adivinó toda la desgracia. El primer cónsul se encerró solo por espacio de muchas horas. Despues sopló el viento, y todo se concluyó.

NOMBRAMIENTO DE LA COMISION MILITAR.

Una órden de Bonaparte del 29 ventoso, año XII, habia mandado que se reuniese en Vincennes una comision militar, compuesta de siete individuos nombrados por el general gobernador de París (Murat), para juzgar al llamado duque de Enghien, acusado de haber hecho armas contra la república, etc.

Con arreglo á este decreto, el mismo dia 29 ventoso Joaquín Murat nombró para la dicha comision á los siete militares siguientes:

El general Hulín, que mandaba á los granaderos de á pié de la guardia de los cónsules, presidente.

El coronel Guittón, comandante del primer regimiento de coraceros.

El coronel Bazancourt, comandante del 4.º regimiento de infantería ligera.

El coronel Ravier, comandante del 18.º regimiento de infantería de línea.

El coronel Barrois, comandante del 96.º regimiento de infantería de línea.

El coronel Rabbe, comandante del 2.º regimiento de la guardia municipal de París.

El ciudadano Autancourt, mayor de la gendarmería, que desempeñaba las funciones de capitán-fiscal.

INTERROGATORIO DEL CAPITAN-FISCAL.

El capitán Autancourt, el jefe de escuadrón Jacquin, de la legion de preferencia, dos gendarmes de á pié del mismo cuerpo, Lerva, Tharsis y el ciudadano Noirot, teniente del mismo cuerpo, se presentaron en la habitación del duque de Enghien; despertáronle; no debía esperar sino cuatro horas para volver á su sueño. El capitán-fiscal, acompañado de Molin, capitán del 18.º regimiento, escribano nombrado por el citado fiscal, interrogó al príncipe.

Preguntándole por sus nombres, apellidos, edad y lugar de su nacimiento:

Respondió llamarse Luis Antonio Enrique de Borbon, duque de Enghien, nacido el 2 de agosto de 1772 en Chantilly.

Preguntado que en qué punto habia residido desde su salida de Francia:

Respondió: que despues de haber seguido á su familia, y habiéndose formado el ejército de Condé, habia hecho toda la guerra, y que antes de esto habia hecho la campaña de 1792 en Brabante con el ejército de Borbon.

Preguntado si habia pasado á Inglaterra, y si esta potencia le continuaba dando alguna pension:

Respondió: que nunca habia estado en ella; que la Inglaterra le daba una pension; y que solo contaba con ella para vivir.

Preguntado por el grado que ocupaba en el ejército de Condé:

Respondió: comandante de la vanguardia antes de 1796; antes de esta campaña voluntario en el cuartel general de su abuelo, y siempre desde 1796 comandante de la vanguardia.

Preguntado si conocia al general Pichegru, y si habia tenido relaciones con él:

Respondió: no me acuerdo de haberle visto jamás. No he tenido con él relacion alguna. Sé que ha deseado verme, y me doy el parabien de no haberle conocido, si es cierto que se ha querido valer de medios tan viles como se asegura.

Preguntado si conocia al ex-general Dumouriez y si habia estado en relaciones con él:

Respondió que no.

De lo cual se tomó acta, firmada por el duque de Enghien, por el jefe del escuadrón Jacquin, por el subteniente Noirot, por los dos gendarmes y por el capitán-fiscal.

Antes de firmar el presente proceso verbal, el duque de Enghien dijo:—«Pido con instancia tener una audiencia particular con el primer cónsul. Mi nombre, mi rango, mi modo de pensar y la posicion horrible en que me hallo me hacen esperar que no se negará á mi deseo.»

SESION Y SENTENCIA DE LA COMISION MILITAR.

«A las dos de la mañana del dia 21 de marzo el duque de Enghien fue conducido á la sala en que se hallaba reunida la comision, y repitió lo que habia dicho en el interrogatorio del fiscal. Ratificóse en su declaracion: añadió que estaba pronto á hacer la guerra, y que deseaba tomar parte en la nueva guerra de la Inglaterra contra Francia.

«Habiéndole preguntado si tenia alguna cosa que decir sobre sus medios de defensa, respondió que nada mas tenia que hablar:

«El presidente hizo retirar al acusado: el consejo deliberó en sesion secreta; el presidente recogió los votos, empezando por el individuo de menor graduacion; despues, habiendo él emitido el último su opinion, por unanimidad de votos se declaró al duque de Enghien culpable, y se le aplicó el artículo..... de la ley de..... concebido en estos términos.....»

.....y en su consecuencia le condenó á la pena de muerte. Se decidió que la presente sentencia fuese cumplida inmediatamente despues de las diligencias del capitán-fiscal, y despues de haberse hecho lectura de ella ante el condenado á presencia de los diferentes destacamentos de los cuerpos de la guarnicion.

«Aprehendido y juzgado en el dia mes y año arriba citados.»

Detrás de aquel sepulcro abierto, ocupado y cerrado, vinieron diez años de olvido, de alegría general y de gloria; la yerba creció al ruido de las salvas, que anunciaban las victorias á la luz de las iluminaciones que alumbraban la consagracion pontifical, el casamiento de la hija de los Césares ó el nacimiento del rey de Roma. Unicamente algunas personas tristes andaban errantes por los bosques, atreviéndose furtivamente á dirigir una mirada á aquellas cenizas, en tanto que algunos presos las veían desde lo alto de la torre que los encerraba. Llegó la restauracion: removióse la tierra de la tumba, y con ella las conciencias; cada uno de por sí creyó entonces deber explicar su conducta. Mr. Dupin, mayor, publicó su discusion; Mr. Hulín, presidente de la comision militar, habló á su vez; el duque de Rovigo entró en la controversia acusando á Mr. de Talleyrand; un tercero respondió en nombre de Mr. de Talleyrand, y Napoleón elevó su estentórea voz sobre la roca de Santa Elena.

Preciso es reproducir y estudiar estos documentos para asignar á cada uno la parte que le toca y el lugar que debe ocupar en este drama. Es de noche, y estamos en Chantilly; era tambien de noche cuando el duque de Enghien se hallaba en Vincennes.

Chantilly, noviembre de 1838.

AÑO DE MI VIDA 1804.

Cuando Mr. Dupin publicó su memoria, me la envió, acompañada de la siguiente carta:

«Señor vizconde: Tened la bondad de admitir un ejemplar de la publicacion relativa al asesinato del duque de Enghien.

«Há mucho tiempo que hubiera visto la luz pública si no hubiese ante todo respetado la voluntad de monseñor el duque de Borbon, que, habiendo tenido noticia de mi trabajo, me hizo saber sus deseos de que este deplorable negocio no fuese desenterrado.

«Pero la Providencia, habiendo permitido que otros tomasen la iniciativa, se ha hecho necesario dar á conocer la verdad, y despues de haberme asegurado de que no habia ya que guardar silencio, he hablado con franqueza y sinceridad.

«Tengo el honor de ser con el mas profundo respeto, señor vizconde, de V. E. el muy humilde y seguro servidor,

«DUPIN.»

Mr. Dupin, á quien felicité y dí las gracias, descubrió un rasgo ignorado y digno de las nobles virtudes del padre de la víctima. Mr. Dupin empieza su folleto de este modo:

«La muerte del desgraciado duque de Enghien es uno de los acontecimientos que mas han afectado á la nacion francesa: ella deshonoró el gobierno consular.

«Un príncipe en la flor de sus años, sorprendido traidoramente en un país extranjero en que descansaba pacíficamente bajo la proteccion del derecho de gentes; arrastrado violentamente á Francia; llevado ante unos mal llamados jueces, que de ningun modo podian serlo suyos; acusado de crímenes imagina-

rios, privado del auxilio de un defensor, interrogado y condenado en secreto, muerto de noche en los fosos del castillo que servia de prision de Estado; tantas virtudes menospreciadas, tantas esperanzas destruidas, harán siempre de esta catástrofe uno de los actos mas crueles á que puede abandonarse un gobierno absoluto.

«Si las formas de ninguna clase no han sido respetadas; si los jueces eran incompetentes; si ni aun se han tomado el trabajo de citar en su sentencia la fecha y el texto de las leyes en que pretendian apoyar esta condena; si el desgraciado duque de Enghien ha sido fusilado en virtud de una sentencia firmada en blanco... y que no ha sido regularizada sino despues de su cumplimiento, entonces no es únicamente la inocente víctima de un error judicial; el hecho permanece con su verdadero nombre; es un odioso asesinato!»

Este elocuente exordio conduce á Mr. Dupin al examen de las piezas de la causa: demuestra primero la ilegalidad cometida en su aprehension; el duque de Enghien no fue preso en Francia, no era prisionero de guerra, puesto que no habia sido cogido con las armas en la mano; no era tampoco un preso civil, porque no se habia pedido su extradicion; aquello habia sido un atropello contra su persona, comparable únicamente á las capturas de los piratas de Túnez y de Argel, una incursion de ladrones *incurtio latronum*.

El juriconsulto pasa á hablar de la incompetencia de la comision militar; hasta entonces nunca habian las comisiones militares entendido del conocimiento de supuestas conspiraciones, urdidas contra el Estado.

Despues de esta observacion analiza la sentencia:

«El interrogatorio, dice Mr. Dupin, se verificó en 29 Ventose á media noche. Al dia siguiente á las dos de la mañana compareció el duque de Enghien ante la comision militar.

«En la minuta de la sentencia se lee: Hoy 30 Ventose, año XII de la república á las dos de la mañana; estas últimas palabras á las dos de la mañana que se habian puesto en aquel documento porque en efecto esa habia sido la hora en que ocurrió la escena, fueron borradas en la minuta sin autorizar la enmienda con ninguna acotacion marginal.

«Ni se oyó, ni se presentó ningun testigo contra el acusado.

«El acusado fue declarado culpable! ¿Pero de qué? La sentencia no lo dice.

«Toda sentencia condenatoria debe citar la ley en virtud de la cual se aplica la pena.

«Ninguna de tan indispensables formalidades se llevó á cabo en la sentencia de que nos ocupamos. No consta en el proceso verbal tuviesen á la vista un ejemplar de la ley, ni que el presidente hubiera leído el texto de ella antes de aplicarla. Muy lejos de eso la sentencia por lo tocante á su forma material revela que los jueces pronunciaron la sentencia sin saber ni la fecha, ni el tenor de la ley; pues dejaron en blanco en la minuta de la sentencia la fecha de la ley, el número de su artículo y el lugar en que debia consignarse el texto de ella. Y sin embargo; la minuta de una sentencia redactada con tal imperfeccion dió motivo á los verdugos para derramar una sangre tan ilustre!

«Dice tambien la ley que la deliberacion debe ser secreta; pero que el fallo debe pronunciarse públicamente. Ciertamente que en la sentencia á que nos referimos se dice: que el consejo deliberó á puertas cerradas; pero no se hace mencion de que estas volvieran á abrirse ni consta que se pronunciara públicamente el resultado de esa deliberacion. ¿Y aunque

«No dijera podría creerse? ¿Qué público podía asistir á un consejo de guerra á las dos de la mañana, en un torreón de Vincennes estando guardados todos los alrededores del fuerte por gendarmes de preferencia? Mas no quisieron aquellos jueces tomarse la molestia de salvar su informalidad con una mentira: nada dice la sentencia sobre este particular.

«En la sentencia aparece la firma del presidente y de otros seis vocales comprendiendo entre ellos al secretario; pero es de notar que la minuta *no está firmada por el escribano*, cuyo concurso era necesario para autorizarla.»

Concluye aquel documento con esta terrible fórmula: *Se ejecutará en el acto despues de la notificación.*

¡EN EL ACTO! ¡Desesperadoras palabras, obra de los jueces! ¡EN EL ACTO! ¡Cuando una ley expresa del 15 *Brumaire*, año VI, concedía el recurso de revisión en toda sentencia militar!

Pasando en seguida Mr. Dupin á tratar de la ejecución, se expresa en estos términos:

«El duque de Enghien fue interrogado, sentenciado, y ejecutado de noche. Debía ese horrible sacrificio consumarse entre tinieblas, para que pudiera decirse que todas las leyes, incluidas las que prescriben la publicidad de la ejecución habían sido violadas.»

Trata en seguida el jurisconsulto de las irregularidades que cometieron en el modo de instruir el proceso: «el artículo 19 de la ley de 13 *Brumaire* del año V, dice que el fiscal despues de terminado el interrogatorio encargará al acusado *elijer un amigo que le defienda*.—El acusado tendrá *la facultad de elegir ese defensor* en cualquiera de las clases de los ciudadanos existentes en aquella localidad, y si manifestara no poder hacer por sí mismo esa elección la hará el fiscal en su nombre.

«Ah! Sin duda el príncipe no tenía amigos (1) entre los que le rodeaban: así se lo dijo sin piedad alguna uno de los actores de aquella terrible escena.... Ah! ¿Por qué no estábamos allí nosotros? ¿Por qué no le fue lícito al príncipe buscar un defensor entre los abogados de París? Allí hubiera encontrado amigos de su desgracia, y defensores de su infortunio. Sin duda para hacer mas aceptable á los ojos del público esta sentencia tuvieron el cuidado de reformar detenidamente su redacción. La intempestiva redacción de este documento, algo mas regular al parecer que el primero, (pero no menos injusto) en nada disminuye la odiosidad de haber hecho morir al duque de Enghien por un borrador de sentencia firmado precipitadamente, y sin haber llegado al cumplimiento de sus formalidades.»

¿No es una cosa enteramente providencial el ver á los hombres, despues de tantos años, los unos demostrar la irregularidad de un asesinato en que no habían tenido parte alguna, los otros presentarse sin ser llamados ante la acusación pública? ¿Qué han oído pues? ¿Qué voz sobrenatural les ha intimado á que comparecieran?

Chantilly, noviembre de 1858.

EL GENERAL HULIN.

En pos del gran jurisconsulto se ve llegar al veterano ciego: había tenido bajo su mando á los valientes granaderos de la antigua guardia, y es cuanto hay que decir: la última herida la recibió de Mallet, cuyo impotente plomo quedó en un rostro que jamás se había vuelto ante las balas. *Habiendo quedado ciego, retirado del mundo, no teniendo mas consuelos que los*

(1) Alusión á una abominable contestación dada segun dicen al duque de Enghien.

cuidados de su familia (son palabras suyas), el juez del duque de Enghien parece salir de su tumba al llamamiento del soberano juez; aboga por su causa sin hacerse ilusiones y sin excusarse.

«Que nadie se engañe con respecto á mis intenciones, dice. Yo no escribo por miedo, puesto que mi persona se halla bajo la protección de las leyes, emanadas del trono mismo, y que bajo la dominación de ese rey justo nada tengo que temer de la violencia y de la arbitrariedad. Escribo para manifestar la verdad, aun en aquello que pudiera ser en contra mia. Así es que no pretendo justificar en la forma ni en el fondo la sentencia, sino que quiero que se tenga en cuenta el conjunto de circunstancias que hubo en ella; quiero alejar de mí y de mis colegas la acusación de que obrásemos por espíritu de partido. Si, á pesar de todo, merecemos la pública acusación, quiero que se diga al menos:—*Han sido muy desgraciados!*»

El general Hulin asegura que, nombrado presidente de una comisión militar, hallábase ignorante de su objeto; que habiendo llegado á Vincennes, lo ignoraba aun, así como todos los demás individuos de la comisión; que habiendo preguntado á Mr. Harel, comandante del castillo, le contestó que nada sabía, añadiendo además estas palabras:—«¿Qué queréis? Yo no soy aquí nadie. Todo se hace sin darme parte: aquí hay otro que es el que manda.»

Eran ya las diez de la noche, cuando el general Hulin salió de su incertidumbre por las comunicaciones de las piezas relativas á la causa. La audiencia se abrió á las doce, cuando hubo concluido el exámen del capitán-fiscal.—«La lectura de las piezas, dice el presidente de la comisión, dió lugar á un incidente. Notamos que al final del interrogatorio sufrido ante el capitán-fiscal, el príncipe, antes de firmar, *había escrito de su propia mano algunas líneas, en que manifestaba deseos de tener una entrevista con el primer cónsul*. Uno de los miembros propuso que transmitiría esta petición al gobierno. La comisión accedió á ello; pero en el mismo momento, el general, que había venido á colocarse detrás de mi sillón, nos dijo que esta petición era *inoportuna*. Por otra parte, no hallamos en la ley ninguna disposición que nos autorizase á sobreseer. La comisión, pues, siguió adelante, reservándose para despues de los debates acceder á los deseos del acusado.»

Hé aquí lo que dice el general Hulin. Ahora bien, en la memoria presentada por el duque de Rovigo se lee lo siguiente: «Había demasiada gente para que me costara gran trabajo, habiendo llegado de los últimos, penetrar detrás del sillón del presidente, donde logré colocarme.»

¿Era, pues, el duque de Rovigo el que se había colocado detrás del sillón del presidente? ¿Pero tenía ni él, ni nadie derecho para intervenir en los debates de esta comisión, y de representar que una petición era inoportuna?

Veamos lo que dice el comandante de granaderos de la antigua guardia, hablando del valor del joven hijo de los Condé; su autoridad es irrecusable.

«Procedí al interrogatorio del acusado: debo decir que se presentó ante nosotros con una noble tranquilidad; rechazó la acusación de haber tomado parte alguna en un complot de asesinato contra el primer cónsul; pero confesó haber hecho la guerra á la Francia, diciendo con un valor y un orgullo, que no me permitió hacerle variar en su interés sobre este punto.—«Qué él había sostenido los derechos de su familia, que un Condé no podía volver á entrar en Francia sin las armas en la mano. Mi nacimiento, mi opinión, añadió, me hacen enemigo perpetuo de vuestro gobierno.»

«La firmeza de sus respuestas era desesperante para sus jueces. Diez veces le dimos pié para que se des-

jese de sus declaraciones, y siempre persistió en ellas de un modo inalterable.—«Conozco, decía, las intenciones favorables de los miembros de la comisión, pero no puedo valerme de los medios que me ofrecen.» Y advirtiéndole de que las comisiones militares juzgaban sin apelación:—«Ya lo sé, me respondió, y conozco el peligro á que me expongo: deseo únicamente tener una entrevista con el primer cónsul.»

¿Hay por ventura en toda nuestra historia una página mas patética? La nueva Francia, juzgando á la Francia antigua, le rendía homenaje, presentándole las armas, saludando á su bandera al tiempo de condenarla; el tribunal establecido en la fortaleza en que el gran Condé, prisi nero, cultivaba flores; el general de la guardia de Bonaparte, sentado frente al último descendiente del vencedor de Rocroy, sintiéndose conmovido de admiración ante aquel acusado sin defensor, abandonado por el mundo, interrogándole en tanto que el ruido del sepulturero que cavaba su sepulcro se unía á las tranquilas y firmes respuestas del joven soldado. Algunos dias despues de la ejecución exclamaba el general Hulin:—«¡Jóven animoso! ¿Qué valor! ¡Alegrárame yo de morir como él!»

El general Hulin, despues de haber hablado de la primera y de la segunda redacción de la sentencia, dice:—«En cuanto á la segunda redacción, la verdadera únicamente, como no contenía la orden de la *inmediata ejecución*, sino solamente la de su *notificación inmediata* al condenado, la *inmediata ejecución* no es obra de la comisión, sino solamente de los que cargaron con la responsabilidad de precipitar esta fatal ejecución.»

«Ah! ¡bien distintas eran nuestras intenciones! Apenas la sentencia estuvo firmada, me puse á escribir una carta, en la que, haciéndome intérprete del voto unánime de la comisión, participaba al primer cónsul el deseo que había manifestado el acusado de tener una entrevista con él, suplicándole al mismo tiempo templase el rigor de una pena que nuestra posición no nos permitía eludir.»

«En este momento fue cuando un hombre, que constantemente había permanecido en la sala del consejo, y que nombraría si no reflexionara que, aun defendiéndome, no debo acusar á...—¿Qué hacéis ahí? me dijo, acercándose.—Estoy escribiendo al primer cónsul, le respondí, para manifestarle los deseos del reo.—Vuestra misión ha concluido, me dijo tomando la pluma; todo lo demás es de mi incumbencia.»

«Confieso que creí, y muchos de mis colegas creyeron también, que quería decir:—*A mí me toca el decirse al primer cónsul*. La respuesta tomada en este sentido nos dejaba la esperanza de que sería dado el aviso. ¿Y cómo pudiéramos haber imaginado que el que se hallaba allí, á nuestro lado, tuviese orden de salvar todas las formalidades exigidas por las leyes?»

Todo el secreto de esta funesta catástrofe consiste en esta deposición. El veterano que, expuesto siempre á morir sobre el campo de batalla, había aprendido de la muerte el lenguaje de la verdad, concluye con estas palabras:

«Estábamos hablando sobre lo que acababa de pasar en la antecala contigua á la sala de las deliberaciones. Habíanse suscitado sobre ello conversaciones particulares: esperaba mi carruaje, que no habiendo podido penetrar en el patio interior, como tampoco ningún carruaje de los demás miembros de la comisión, retardó mi partida y la suya; hallábamnos como encerrados, sin tener comunicación fuera de allí, cuando se oyó una detonación: detonación terrible, que resonó en lo íntimo de nuestras almas helándolas de terror y espanto.»

«Si, lo juro á nombre de todos mis colegas; esta ejecución no fue autorizada por nosotros: nuestra sentencia decía que se mandaría una copia de ella al ministro de la Guerra, otra al juez superior, ministro de la Justicia, y otra al gobernador de París.

«La orden de ejecución no podía ser legalmente expedida sino por este último; las copias no se habían mandado aun, y ni aun podían hallarse concluidas hasta dentro de algun tiempo. De vuelta á París hubiera deseado ver al gobernador, al primer cónsul, ¿qué sé yo? De repente un murmullo espantoso vino á anunciarnos que el príncipe no existía!

«Ignorábamos si era una orden la que había precipitado tan cruelmente aquella funesta ejecución; si no existía esta orden, él solo es reponsable; si la había, la comisión, extraña á ella; la comisión, cuyo postrer deseo era el de la salvación del príncipe, no ha podido ni prevenir ni evitar su cumplimiento, y no se le puede acusar de él.

«Veinte años trascurridos no han podido dulcificar la amargura de mi sentimiento. Acúseseme de ignorancia, de error, está bien; acrimínese por una obediencia á la que hoy día sabría sustraerme en iguales circunstancias; de mi adhesión á un hombre á quien creía yo destinado á labrar la felicidad de mi país, de mi fidelidad á un gobierno que entonces creía legítimo, y que había recibido mis juramentos; pero ténganse en cuenta las fatales circunstancias en medio de las cuales nos vimos llamados á sentenciar.»

«Débil es la defensa; pero os arrepentís, general! ¿La paz sea con vos! Si vuestra sentencia ha sido el pasaporte del último de los Condé, ireis á reunirnos en la vanguardia de los muertos con el último conscripto de nuestra antigua patria. El soldado joven tendrá un placer en partir su lecho con el granadero de la antigua guardia: la Francia de Fribourg y la Francia de Marengo dormirán juntas.

Chantilly, noviembre de 1858.

EL DUQUE DE ROVIGO.

El señor duque de Rovigo, dándose golpes de pecho, toma puesto en la procesion que viene á confesarse ante la tumba. Había yo estado mucho tiempo bajo el poder del ministro de la Policía; cayó bajo el peso de la influencia que suponía él haberme devuelto de regreso de la legitimidad: me hizo conocedor de una parte de sus *Memorias*. Los hombres que se hallan en su posición hablan de lo que han hecho con un portentoso candor; no presumen siquiera que hablan en contra suya; acusándose sin saberlo, no sospechan que hay otra opinión que la que ellos tienen con respecto á las funciones que han desempeñado y sobre la conducta que han observado. Aunque hayan falta lo á la fidelidad, no creen por eso haber violado sus juramentos; si han desempeñado papeles que repugnan á otra clase de caracteres, piensan haber hecho con ello servicios eminentes. Su sencillez no los justifica, pero los excusa.

El duque de Rovigo me consultó sobre la parte en que habla de la muerte del duque de Enghien; deseaba conocer mi modo de pensar, precisamente porque se hallaba enterado de lo que había yo hecho en aquella época. Yo agradecí esta prueba de estimación, y devolvíéndole franqueza por franqueza, le aconsejé que no publicase nada. Le dije:—«Dejad morir estos recuerdos: en Francia el olvido se hace esperar poco tiempo. Creéis lavar á Napoleon de una mancha inculcando á Mr. de Talleyrand; con eso no justificáis al primero lo bastante ni acusáis suficientemente al segundo. Presentais el flanco indefenso á los enemigos, los que no dejarán de atacaros. ¿Qué necesidad tenéis de recordar al público que érais el jefe de la

gendarmería de preferencia de Vincennes? El ignora la parte directa que tomásteis en aquella desgraciada catástrofe, y vos se lo decís. General, arrojad al fuego el manuscrito: os hablo en vuestro interés.»

Imbuido en las máximas gubernamentales del imperio, el duque de Rovigo creía que estas máximas convenían igualmente al trono legítimo; estaba en la persuasión de que su manuscrito le volvería á abrir las puertas de las Tullerías.

A la luz de este escrito podrá ver la posteridad dibujarse aquellos enlutados fantasmas. Yo traté de ocultar al culpado que vino á pedirme asilo durante la noche, mas él no aceptó la hospitalidad de mi hogar.

Mr. de Rovigo hace narración de la marcha de Mr. de Causaincourt, á quien no nombra; habla del rapto de Ettenheim, del viaje del prisionero á Strasburgo, y de su llegada á Vincennes. Despues de una expedición sobre las costas de Normandía, el general Savary volvió á Malmaison. A las cinco de la tarde del 19 de marzo de 1804 fue llamado por el primer cónsul, quien le entregó una carta cerrada para que se la entregase al general Murat, gobernador de París. Corre á casa del general, halla al ministro de Negocios extranjeros, y recibe la orden de marchar á Vincennes con la gendarmería de preferencia. Llega á aquel punto á las ocho de la noche, y ve llegar á los miembros de la comision. Penetra en la sala en que se celebraba el juicio del príncipe el día 21 á la una de la madrugada, y toma asiento detrás del presidente.

Da cuenta de las respuestas del duque de Enghien, poco mas ó menos como las refiere el proceso verbal en su única sesion. Me contó que el príncipe, despues de haber dado sus últimas explicaciones, se quitó repentinamente la gorra que llevaba, la colocó sobre la mesa, y como un hombre que entrega resignadamente su vida, dijo al presidente: — «Señor, nada mas tengo que decir.»

Mr. de Rovigo insiste en que la sesion no estuvo envuelta en el misterio: «Las puertas de la sala, dice, hallábanse abiertas para todos los que podían entrar en ella á aquella hora.» Mr. Dupin habia notado ya esta perversion de raciocinio. Con este motivo, monsieur Aquiles Roche, que parece escribir por inspiracion de Mr. de Talleyrand, exclama: «¡Con que la sesion no se halló rodeada de misterio á media noche! ¡Tuvo lugar en la parte habitada del castillo, en la parte habitada de una prision! ¿Quién pues se halló presente á aquella sesion? Los carceleros, los soldados y los verdugos.»

Nadie podia dar mas seguros pormenores sobre la hora y el sitio de la ejecucion que Mr. de Rovigo: escuchémosle:

«Despues de pronunciada la sentencia, me retiré con los oficiales de mi cuerpo, que, como yo, habian asistido á los debates, y fui á reunirme á las tropas que se hallaban sobre la esplanada del castillo. El oficial que mandaba la infantería de mi legion vino á decirme con una emocion profunda que le pedian un piquete para ejecutar la sentencia de la comision militar: — «¡Dadlos, respondí. — ¿Pero dónde deben colocarlo? — Donde no haya miedo de herir á nadie.» Porque ya á aquella hora los habitantes de París cruzaban el camino para dirigirse á los diferentes mercados.

«Despues de haber examinado detenidamente el terreno, el oficial escogió el foso como el sitio mas seguro para no poder hacer daño á nadie. El duque de Enghien fue conducido á él por la escalera de la torre de entrada del lado del parque, y allí se le hizo la lectura de la sentencia, que fue ejecutada.»

Bajo este párrafo se halla la siguiente nota del autor de la memoria: «Entre la sentencia y su ejecucion se habia soçavado la huesa.

«Lo que ha dado lugar á que se diga que la huesa se habia abierto antes de la sentencia.»

Desgraciadamente las inadvertencias en este punto son lastimosas: «¡Mr. de Rovigo pretende, dice monsieur Aquiles Roche, apologista de Talleyrand, que él no hizo mas que obedecer! ¿Quién le transmitió, pues, la orden de ejecucion? Parece que fue un tal Mr. Delga, muerto en Wagram. Pero, fuese ó no fuese monsieur Delga, si Mr. Savary se equivoca el citarnos á Mr. Delga, nadie reclamará seguramente hoy dia la gloria que se le atribuye á este oficial. Acusan á Mr. de Rovigo de haber precipitado esta ejecucion, y responde que él no fue, sino un hombre que ha muerto, el cual dijo que habia recibido órdenes para la inmediata ejecucion de la sentencia.»

El duque de Rovigo no está muy feliz hablando de la ejecucion, que dice tuvo lugar de dia; ademas de que esto, no modificando el hecho, no hacia mas que quitarle un hachon al suplicio.

«A la hora en que el sol se levanta, al aire libre, ¿habia necesidad, dice el general, de un farol, por ventura, para ver á un hombre á seis pasos? No es decir, añade, que el sol estuviese claro y sereno: como durante toda la noche habia estado cayendo una lluvia menuda, quedaba aun una niebla húmeda que retardaba la aparicion. La ejecucion tuvo lugar á las seis de la mañana, y el hecho está atestiguado por documentos irrecusables.»

Y el general no indica ni menciona estos documentos. La marcha del proceso demuestra que el duque de Enghien fue juzgado á las dos de la mañana y fusilado en seguida. Estas palabras *dos de la mañana*, escritas al margen de la primera minuta de la sentencia, se hallan despues borradas en la misma. El proceso verbal de la exhumacion prueba por la deposicion de los tres testigos, Mad. Bon, el Sr. Goeland y el Sr. Bonnelet (este habia ayudado á abrir la huesa), que la ejecucion se verificó de noche. Mr. Dupin mayor, cita la circunstancia de un farol colgado delante del pecho del duque de Enghien para servir de punteria, ó bien sostenido por una mano segura, por la del príncipe. Se ha hablado mucho de una gran piedra sacada de su sepulcro, con la que probablemente aplastaron la cabeza del paciente. En fin, el duque de Rovigo decíase haberse vanagloriado de poseer algunos despojos del holocausto; aun yo mismo he dado crédito á esos rumores; pero los documentos legales prueban que no eran fundados.

Segun el proceso verbal fecha del miércoles 20 de marzo de 1816, los médicos y cirujanos encargados de la exhumacion del cuerpo reconocieron que la cabeza se hallaba magullada; que la *mandíbula superior, enteramente separada de los huesos de la cara estaba guarnecida de doce dientes; que la mandíbula inferior, fracturada en la parte media, estaba dividida en dos, y no presentaba sino tres dientes.* El cuerpo se hallaba tendido boca abajo, con la cabeza mas baja que los pies, y tenia una cadena de oro rodeada á las vértebras del cuello.

En el segundo proceso verbal de exhumacion (en la misma fecha, 20 de marzo de 1816), el *proceso verbal general*, consta que se halló con los restos del esqueleto una bolsa de tafiete, que contenia once monedas de oro, setenta monedas de oro envueltas en papeles lacrados, cabellos, restos de los vestidos, y pedazos de la gorra, que conservaban los agujeros de las balas.

De modo que Mr. de Rovigo no pudo retener ningun despojo; la tierra que los contenia los ha devuelto y ha demostrado la probidad del general; no se ató ningun farol ante el pecho del príncipe, pues se hubieran encontrado los fragmentos lo mismo que se hallaron los pedazos de la gorra, ni se halló en el sepulcro piedra alguna; el disparo del piquete á seis

pasos ha sido suficiente para destrozarse la cabeza, para separar la mandíbula superior de los huesos de la cara, etc.

No faltaba á este sarcasmo de las vanidades humanas mas que la inmolacion de de Murat, gobernador de París, la muerte de Bonaparte cautivo, y esta inscripcion grabada sobre el ataúd del duque de Enghien: «Aquí yace el cuerpo del muy alto y poderoso príncipe de la sangre, par de Francia, muerto en Vincennes el 21 de marzo de 1804, á la edad de treinta y un años, siete meses y diez y nueve dias.» El cuerpo era unos huesos destrozados y secos; el *alto y poderoso príncipe* unos cuantos fragmentos de la casaca de un soldado; ni una sola palabra que recuerde aquella catástrofe, ni una queja en aquel epitafio grabado por una familia tan cruelmente afligida; ¡efecto portentoso del respeto que el siglo tiene por las obras y por las susceptibilidades revolucionarias! Tambien se apresuraron á hacer desaparecer la capilla mortuoria del duque de Berry.

¡Cuántas miserias! Borbones regresad inútilmente á vuestros palacios, no os habeis ocupado de otra cosa que de exhumaciones y de funerales; vuestra vida ha pasado, ¡Dios lo ha querido así! La antigua gloria de la Francia parece bajo los ojos de la sombra del gran Condé en un foso de Vincennes; tal vez en el mismo sitio en que Luis IX, á quien se aproximaban como á un santo, «se sentaba bajo una encina y donde todos los que deseaban algo de él se acercaban á hablarle sin los obstáculos de ugières ni de otro alguno, y cuando notaba alguna cosa poco decorosa en las palabras de los que hablaban por otros él mismo la enmendaba con su boca, y todos los del pueblo que tenian que hablarle le hablaban á su alrededor.» (Joinville.)

El duque de Enghien pidió hablar á Bonaparte. ¿Deseaba alguna cosa de él, y no fue escuchado? ¿Quién desde el borde del relleno contemplaba en el fondo del foso aquellas armas, aquellos soldados apenas iluminados por una linterna en medio de las nieblas y de las sombras como en la noche eterna? ¿Dónde estaba colocado el farol? ¿El duque de Enghien tenia abierta á sus piés la sepultura? ¿Fue obligado tal vez á saltarla para ponerse á la distancia de seis pasos, mencionada por el duque de Rovigo?

Se conserva una carta del duque de Enghien escrita á la edad de nueve años á su padre el duque de Borbon; dice así: «¡Todos los Enghien son dichosos: el de la batalla de Cerizoles; el que ganó la batalla de Rocroy: yo espero serlo tambien!»

¿Es cierto que se le negó un sacerdote á la víctima? ¿Es verdad que solo con mucho trabajo pudo hallar una persona que se encargase de llevar á una mujer la última prenda de su amor? ¿Qué importaba á los verdugos un sentimiento de piedad ó de ternura? ¡Ellos estaban allí para matar, el duque de Enghien para morir!

El duque de Enghien se habia casado en secreto con la princesa Carlota de Rohan; en aquellos tiempos en que la patria andaba errante, un hombre, á causa de su elevacion misma, hallábase esclavizado por mil exigencias políticas; para disfrutar de los derechos que la sociedad pública concede á todo el mundo, se veia obligado á ocultarse. Aquel matrimonio legítimo conocido hoy dia, realza aun mas el brillo de aquel trágico fin; sustituye la gloria del cielo al perdon del cielo, la religion perpetua, la pompa de la desgracia, cuando consumada la catástrofe se eleva la cruz sobre el sitio desierto.

Chantilly, noviembre de 1838.

MR. DE TALLEIRADN.

Mr. de Talleyrand, segun la memoria de Mr. de Ro-

vigo, presentó una memoria justificativa á Luis XVIII: esta memoria, que no he visto, y que debia ilustrar todos los hechos, no ilustraba ninguno. En 1820, nombrado ministro plenipotenciario en Berlin, desenterré de los archivos de la embajada una carta del *ciudadano Laforest* escrita al *ciudadano Talleyrand*, con motivo de los sucesos del duque de Enghien. Esta carta enérgica es tanto mas honorífica para su autor, cuanto que no temia este comprometer su carrera sin recibir recompensa de la opinion pública, debiendo permanecer ignorado el hecho: noble abnegacion de un hombre que por su misma oscuridad habia devuelto el bien que habia hecho á la sociedad.

Mr. de Talleyrand recibió la leccion, y calló: al menos nada hallé yo suyo en los mismos archivos concerniente á la muerte del príncipe. El ministro de Negocios extranjeros habia enviado á decir el 2 ventoso al ministro del elector de Baden: «Que el primer cónsul habia creído dar órdenes á los destacamentos de que marchasen á Offembourg y á Ettenheim para apoderarse en estos puntos de instigadores de conspiraciones inauditas, que por su naturaleza colocan fuera del derecho de gentes á todos aquellos que manifiestamente han tomado parte en ellas.»

Un párrafo de los generales Gourgaud, Montholon, y del doctor Ward, presenta en escena á Bonaparte: — «Mi ministro, dice este, me representó con mucha eficacia que era menester apoderarse del duque de Enghien, aunque se hallase en un territorio neutral. Pero yo vacilé todavia y el príncipe de Benevento me trajo por dos veces la orden de prision para que yo la firmase. Sin embargo, hasta despues de convencerme de la urgente necesidad de aquel acto no me decidí á firmarla.»

Segun el *Memorial de Santa Elena*, se le escaparon á Bonaparte estas palabras: — «El duque de Enghien se comportó ante el tribunal con gran valor. A su llegada á Strasburgo me escribió una carta; esta carta fue remitida á Talleyrand, quien la conservó hasta despues de la ejecucion.»

No doy mucho crédito á la existencia de semejante documento: creo mas bien que Napoleon haya transformado en carta la peticion que hizo el duque de Enghien para hablar al vencedor de Italia, ó mejor las pocas líneas que expresaban este deseo que el príncipe escribió de su mano antes de firmar el interrogatorio sufrido ante el fiscal. Sin embargo, aunque esta carta no se haya encontrado, no por eso seria imposible que hubiese sido escrita: — «Yo supe, dice el duque de Rovigo, que en los primeros dias de la restauracion en 1814, uno de los secretarios de Mr. de Talleyrand estuvo haciendo minuciosas pesquisas en los archivos bajo la galería del Museo. He sabido esto por el que recibió la orden de franquearle la entrada. Lo mismo hizo en el depósito de la guerra con respecto á las actas del proceso del duque de Enghien, del que no queda mas que la sentencia.»

El hecho es cierto: todos los papeles diplomáticos, y en particular la correspondencia de Mr. de Talleyrand con el emperador y el primer cónsul, fueron transportados de los archivos del Museo al palacio de la calle de san Florentino: una gran parte fue destruida; el resto metido dentro de una estufa, á la que sin duda se olvidaron prender fuego: la prudencia del ministro no pudo ir mas allá contra la ligereza del príncipe. Los documentos que se escaparon de la quema fueron hallados; hubo alguno que creyó deberlos conservar; he tenido en mis manos y he leído con mis ojos una carta de Mr. de Talleyrand; está fechada en el dia 8 de marzo de 1804, y es relativa al arresto aun no consumado del duque de Enghien. El ministro incita al primer cónsul á ensañarse contra sus enemigos. No me permitieron conservar esta carta, y solamente recuerdo de ella estos dos pasajes. — «Si la justicia obliga á castigar rigorosamente, la política exige

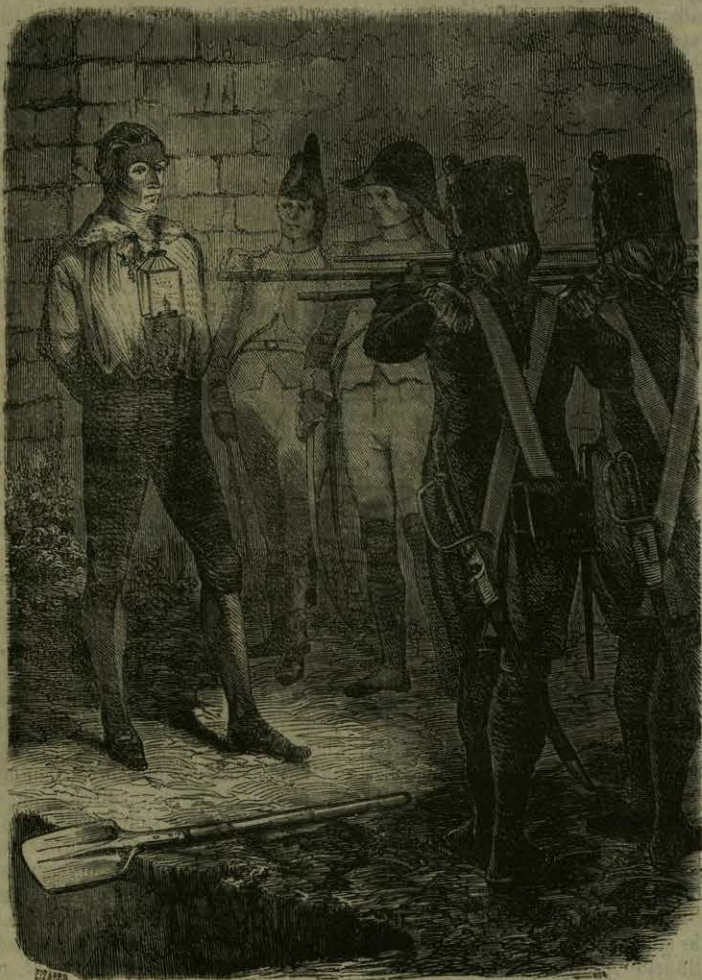
que se castigue sin excepcion... Indicaré al primer cónsul á Mr. de Caulaincourt, á quien podrá dar sus órdenes, y que las ejecutará con tanta discrecion como fidelidad.»

¿Este documento del príncipe de Talleyrand aparecerá completo algun dia? Lo ignoro; pero lo que sí es que existia aun hace dos años.

Hubo una deliberacion del consejo para la prision del duque de Enghien. Cambaceres, en sus *Memorias* inéditas, asegura, y yo lo creo, que se opuso á esta

prision; pero refiriendo lo que él dijo, no nos refiere lo que le contestaron.

Por lo demás, el *Memorial de Santa Elena* niega las súplicas de perdon que Bonaparte tuvo que escuchar. La pretendida escena de Josefina pidiendo de rodillas el perdon del duque de Enghien, agarrándose á la ropa de su marido y dejándose arrastrar por aquel marido inexorable, es una de esas invenciones de melodrama, con las cuales nuestros novelistas forman nuestra verdadera historia. Josefina ignoraba el 19 de



MUERTE DEL DUQUE DE ENGHIEU.

marzo por la noche que debiera ser juzgado el duque de Enghien, sabiendo únicamente que se hallaba preso. Había prometido á Mad. de Remusat interesarse por la suerte del príncipe. Al tiempo de volver esta con Josefina á Malmaison el 19 por la noche, notó que la futura emperatriz, en vez de hallarse exclusivamente ocupada del peligro del prisionero de Vincennes, sacaba muy á menudo la cabeza por la ventanilla del carruaje para ver á un general que venia con su comitiva: la coquetería de una mujer había dirigido á otra parte el pensamiento de lo que podía únicamente sal-

var la vida del duque de Enghien. El dia 21 de marzo fue cuando únicamente Bonaparte dijo á su esposa:—«El duque de Enghien ha sido fusilado.»

Estas *Memorias* de Mr. de Remusat, á quien he conocido, eran sumamente curiosas en cuanto á las interioridades de la corte imperial. El autor las quemó durante los Cien dias, y despues las volvió á redactar, y nos son otra cosa que recuerdos reproducidos por recuerdos; el colorido se ha debilitado algo, pero Bonaparte se ve siempre en ellos tal como es, y juzgado con imparcialidad.

Personas afectas á Napoleon dicen que este no supo la muerte del duque de Enghien sino despues de la ejecucion de la sentencia: esto parecería confirmado en algun modo por la anécdota referida por el duque de Rovigo, concierne á Real cuando iba á Vincennes, si esta anécdota fuese verdadera. La muerte llevada á cabo por intrigas del partido revolucionario, fue aprobada por Napoleon despues de consumada para no irritar á hombres que creia poderosos; pero esta ingeniosa explicacion no es admisible.

PARTICIPACION DE CADA UNO.

Resumiendo ahora todos estos hechos, hé aquí lo que yo he venido á sacar de positivo:

Bonaparte quiso la muerte del duque de Enghien; nadie le habia impuesto como condicion esta muerte para subir al trono. Esta supuesta condicion es una de las sutilezas de los hombres políticos; que pretenden en todo hallar causas ocultas.—Sin embargo, es muy posible que algunos hombres comprometidos viesan con placer al primer cónsul separarse para siempre de los Borbones. El acto de Vincennes fue asunto del temperamento violento de Bonaparte; un acceso de fria cólera alimentado por las sugerencias de su ministro.

Mr. de Caulaincourt solo es culpable de haber ejecutado la órden de prision.

Murat solo tiene que echarse en cara el haber llevado órdenes, y el no haber tenido la resolucio- nece-



PALACIO DE LAS TULLERIAS.

saria para retirarse: no se halló en Vincennes durante el enjuiciamiento.

El duque de Rovigo se halló encargado de la ejecucion, y tenia probablemente una órden secreta: el general Hulin lo cree así: ¿Quién hubiera cargado con la responsabilidad de ejecutar *inmediatamente* una sentencia de muerte en el duque de Enghien sin una órden superior?

En cuanto á Mr. de Talleyrand, sacerdote y caballero, él fue quien inspiró y preparó el asesinato, inquietando á Bonaparte sin cesar: temia la vuelta de la legitimidad. Seria posible, recopilando lo que Na-

oleon dijo en Santa Elena, y las cartas del arzobispo de Autun, el probar que tomó una parte muy activa en la muerte del duque de Enghien. En vano se objetaria que la frivolidad, el carácter y la educacion del ministro debian impedirle esta violencia; que la corrupcion deberia privarle de la energía necesaria; no por eso seria menos probable que él fue quien decidió al cónsul á la fatal prision. Esta prision, verificada el 15 de marzo, no era ignorada de Mr. de Talleyrand; diariamente conversaba con Bonaparte, en el tiempo trascurrido entre el arresto y la ejecucion. Mr. de Talleyrand, ministro instigador, se arrepin-

tió; ¿dijo al primer cónsul una sola palabra en favor del desgraciado príncipe? Lógico es el creer que aprobó la ejecución de la sentencia.

La comisión militar sentenció al duque de Enghien pero con dolor y con arrepentimiento.

Tal es, concienzuda, imparcial y estrictamente la parte que corresponde á cada uno. Mi suerte se ha hallado demasiado ligada á esta catástrofe para que no trate yo de iluminar sus tinieblas y exponer sus menores detalles. Si Bonaparte no hubiese muerto al duque de Enghien; si él me hubiera catequizado cada vez mas (cosa á que seguramente se inclinaba), ¿qué hubiera resultado? Mi carrera literaria hubiera terminado: entrando repentinamente en la carrera política, en la que he probado lo que hubiera podido hacer en la guerra de España, me hubiera hecho rico y poderoso. La Francia hubiera podido ganar en mi union al emperador, pero yo hubiera perdido seguramente. Tal vez hubiera llegado á mantener algunas ideas de libertad y de moderacion en la cabeza del grande hombre; pero mi vida, colocada entre las que se tienen por dichosas, se hubiera visto privada de lo que ha engendrado en ella el carácter y el honor: la pobreza, la lucha y la independencia.

Chantilly, noviembre de 1838.

BONAPARTE.—SUS SOFISMAS Y SUS REMORDIMIENTOS.

Finalmente, el principal acusado se alza despues de los demás, y cierra la marcha de los penitentes ensangrentados. Supongamos que un juez haga comparecer ante él al llamado Bonaparte, lo mismo que el capitán fiscal hizo comparecer al llamado de Enghien; supongamos que nos queda la minuta del último interrogatorio calcado sobre el primero; comparad y leed.

A la pregunta de su nombre y apellido.

Respondió llamarse Napoleón Bonaparte.

Preguntado en dónde residió desde su salida de Francia.

Respondió: En las Pirámides, en Madrid, en Berlín, en Viena, en Moscow, en Santa Elena.

Preguntado por el grado que tenía en el ejército,

Respondió: comandante de la vanguardia de los ejércitos de Dios. Ninguna otra respuesta sale de la boca del acusado.

Todos los actores de esta tragedia se han atacado mutuamente; Bonaparte tan solo no hace recaer las faltas sobre nadie; conserva su grandeza bajo el peso de su maldición; no dobla su cabeza, y permanece de pié, exclamando como el estóico:—«¡Dolor, jamás confesaré que seas un mal!» Pero lo que su orgullo no le consiente confesar á los vivos hállase obligado á confesarlo á los muertos. Este Prometeo, usurpador del fuego del cielo, con el buitres dentro de su pecho, se creía superior á todo, y se ve obligado á responder al duque de Enghien, á quien ha reducido á polvo antes de tiempo: el esqueleto, trofeo sobre el cual se ha agitado, le interroga y le domina por una necesidad divina.

El servilismo del ejército, la antecámara y la tienda de campaña, tenía sus representantes en Santa Elena: un servidor, muy apreciable por su fidelidad al amo que había elegido, fué á colocarse al lado de Napoleón como un eco á su servicio. La sencillez repetía la fábula, dándole un acento de sinceridad. Bonaparte era el Destino: lo mismo que él, engañaba con las formas á los espíritus fascinados; pero en el fondo de la impostura se oía resonar la inexorable verdad:—«¡Yo soy!» Y el universo ha gemido bajo su peso.

El autor de la obra mas acreditada sobre Santa Elena expone la teoría que Napoleón inventó en favor de los asesinos, el desterrado voluntario admite co-

mo palabras del Evangelio una charlatanería homicida de muchas pretensiones, que podría explicar únicamente la vida de Napoleón tal como él la quería presentar; y tal como quería que se escribiese. Dejaba sus instrucciones á sus neófitos, el señor conde de las Casas aprendía sin saberlo su lección, el gran cautivo, errante por los solitarios senderos, arrastraba tras sí á su crédulo adorador con sus mentiras, lo mismo que Hércules suspendía á los hombres de su boca con cadenas de oro.

«La primera vez, dice el honrado Chambelan, que oí á Napoleón pronunciar el nombre del duque de Enghien, me puse encendido como la grana. Afortunadamente iba yo detrás de él por un sendero estrecho, pues de otro modo no hubiera dejado de notarlo. Sin embargo, cuando por la vez primera desenvolvió el conjunto de este acontecimiento con todos sus detalles y sus accesorios; cuando expuso los diferentes motivos con su lógica estricta, luminosa y atractiva, debo decir que el asunto tomó á mis ojos un aspecto enteramente nuevo... El emperador habló muchas veces de él, lo que me hizo descubrir en su persona rasgos característicos muy pronunciados. He podido con este motivo ver en él muy distintamente, y en diversas ocasiones, al hombre privado batallando con el hombre público; y los sentimientos naturales de su corazón en oposicion con su orgullo y con la dignidad de su posición. En el abandono de la intimidad no se mostraba indiferente á la suerte del desgraciado príncipe, pero en cuanto se hallaba en público, era ya otra cosa. Un día, despues de haber hablado conmigo de la suerte y de la juventud de aquel desgraciado, concluyó diciendo:—«Despues supe que me apreciaba; me han asegurado que hablaba de mí con cierta admiración, y sin embargo, hé aquí la justicia distributiva de este mundo.» Y estas últimas palabras fueron dichas con tal expresión; toda su fisonomía se hallaba tan en armonía con ellas, que si el que deploraba Napoleón hubiese estado entonces en su poder, seguramente que, cualesquiera que fuesen sus intenciones ó sus actos, hubiera sido perdonado inmediatamente... El emperador tenía costumbre de considerar este suceso bajo dos puntos de vista muy diferentes: el del derecho común, ó sea el de la justicia establecida, y el del derecho natural, ó de los extravíos de la violencia.

«Entre nosotros, y hablando familiarmente, Napoleón decía que la falta en su esencia podía muy bien atribuirse á un exceso de celo; pero que en lo exterior solo á miras privadas ó á misteriosas intrigas. Decía que había sido impulsado inopinadamente; que habían sorprendido, por decirlo así, sus ideas, precipitado sus disposiciones, encadenado sus resultados.—«Seguramente, exclamaba, si hubiese yo sido instruido á tiempo de ciertas particularidades concernientes á las ideas y carácter del príncipe; si sobre todo hubiese visto la carta que me escribó, y que no me remitieron, sabe Dios por qué, seguramente hubiera perdonado.» Y era muy fácil echar de ver que únicamente el corazón y la naturaleza dictaban estas palabras al emperador, y esto únicamente hablando en familia, y porque se hubiera creído humillado de que se pudiera creer un solo momento que procuraba echar la culpa á otro, ó que se bajaba hasta el punto de justificarse; su temor en este punto, ó mas bien su susceptibilidad, eran tales, que hablando á personas extrañas ó escribiendo sobre este asunto para el público, se circunscribía á decir que si hubiese tenido conocimiento de la carta del príncipe, tal vez le hubiese perdonado, vistas las grandes ventajas políticas que hubiera podido sacar de ella; y trazando con su mano sus últimos pensamientos, que él supone deber ser consagrados

á sus contemporáneos y á la posteridad, dice sobre este asunto que confiesa ser uno de los mas delicados, y que si se hallase aun en las mismas circunstancias, volvería á hacer lo que hizo.»

Este trozo, en cuanto al escritor, tiene todos los caracteres de la mas completa sinceridad; esta brilla hasta en la frase en que el señor conde de las Casas declara que Bonaparte hubiera perdonado inmediatamente á un hombre que no era culpable. Pero las teorías del gefe son sutilezas, á favor de las cuales se esfuerzan en conciliar lo que es irreconciliable. Haciendo distincion del derecho común ó de la justicia establecida, y del derecho natural ó de los arrebatos de la violencia, Napoleón creía escudarse con un sofisma, que de nada le servía: no podía someter la conciencia del mismo modo que había sometido el mundo. Hay una flaqueza natural á los espíritus grandes y á los pequeños cuando se comete una falta, que es el querer hacerla pasar por la obra del genio, por una vasta combinación que el vulgo no puede comprender. El orgullo dicta todas estas cosas, y los tontos las creen. ¿Bonaparte miraba sin duda como el signo de un talento dominador esta sentencia que él anuncia en calidad de hombre grande? ¡Hé aquí la justicia distributiva de este mundo! ¡Terminura verdaderamente filosófica! ¡Qué imparcialidad! ¡Cómo justifica, escudándose con el destino, el mal emanado de nosotros! Se cree subsanarlo todo cuando se dice:—«¡Cómo ha de ser! eso estaba en mi naturaleza; es dependiente de la humana flaqueza.» Cuando se ha quitado la vida á un padre, se diría:—«¡Dependía de mi predisposición!» ¡Y el vulgo se queda con la boca abierta, y se examina el cráneo de este gran hombre, y se le encuentra esta predisposición! ¿Se debe, por ventura, tolerar este modo de ser? Sería el mundo un caos, si todos los hombres que tienen ciertas disposiciones quisieran dominarse unos á otros. Cuando no se pueden borrar los errores, se los diviniza; hácese un dogma de los crímenes, y se cambian en religion los sacrilegios, juzgando una apostasia el renunciar al culto de sus iniquidades.

LO QUE SE DEDUCE DE TODO LO QUE VA DICHO.—ENEMISTADES SUSCITADAS POR LA MUERTE DEL DUQUE DE ENGHEN.

La vida de Bonaparte suministra una gran lección. Dos actos criminales han preparado y perpetrado su caída: la muerte del duque de Enghien y la guerra de España. Por mas que él haya querido ahogarlos en su gloria, ellos han subsistido para perderle. Pereció por el lado en que se juzgaba mas fuerte, mas invencible, cuando violaba las leyes de la moral, descuidando y despreciando su importancia; es decir, sus cualidades superiores en el orden, en la equidad. En tanto que se limitó á atacar á la monarquía y á los extranjeros enemigos de la Francia, llevó consigo la victoria; pero se vió despojado de su fuerza en el momento en que marchó por un mal camino; el cabello cortado por Dalila no representa otra cosa que la pérdida de la virtud. El crimen lleva consigo una incapacidad radical y un gérmen de desgracia; practiquemos, pues, el bien, si queremos ser felices, y seamos justos para ser sabios.

En prueba de esta verdad, nótese que en el momento de la muerte del príncipe empezó la desidencia que, creciendo en razon de la mala fortuna, provocó la caída del que llevó á cabo la tragedia de Vincennes. El gabinete de Rusia, con motivo del arresto del duque de Enghien, dirigió enérgicas representaciones contra la violación del territorio del imperio. Bonaparte sintió el golpe, y respondió en *El Monitor* con un artículo sangriento, que recordaba la muerte

de Pablo I. En San Petersburgo habíanse celebrado honras fúnebres por el joven Condé. Sobre el cenotafio se leían: «Al duque de Enghien quem devoravit bellua Corsica.» Ambas potencias adversarias se reconciliaron pronto, al menos en apariencia; pero la mu-tua herida que había abierto la política y dilatado el insulto quedó perenne en el corazón; Napoleón no se creyó vengado hasta que fue á descansar á Moscou: Alejandro no se vió satisfecho hasta que entró en París.

El odio del gabinete de Berlin provino del mismo origen; hablo aquí de la noble carta de Mr. de Laforest, en la que contaba á Mr. de Talleyrand el efecto producido por el asesinato del duque de Enghien en la corte de Postadm. Mad. Stael se hallaba en Prusia cuando llegó la nueva de Vincennes. «Estaba yo en Berlín, dice, sobre el muelle de la Sprée y mi habitación era un cuarto bajo. Una mañana, á eso de las ocho, me despertaron, para decirme que el príncipe Luis Fernando se hallaba á caballo bajo mis ventanas, y que me suplicaba fuese á hablarle.—¿Sabeis, me dijo, que el duque de Enghien ha sido arrancado del territorio de Baden, entregado á una comisión militar y fusilado veinte y cuatro horas despues de su llegada á París?—¿Qué locura! le contesté: ¿no conocéis que los que hacen circular esos rumores son los enemigos de la Francia? (Con efecto, lo confieso; por grande que fuese mi rencor contra Bonaparte, no llegaba á hacerme creer en la posibilidad de una infamia semejante.)—Puesto que dudais de lo que os digo, me respondió el príncipe Luis, os enviaré *El Monitor*, en el que podreis leer la sentencia. Y dichas estas palabras, partió; la expresión de su fisonomía presagiaba la venganza ó la muerte. Un cuarto de hora despues tuve en mis manos *El Monitor* del 21 de marzo (30 lluvioso), que contenía una sentencia de muerte, pronunciada por la comisión militar creada en Vincennes, contra el llamado Luis de Enghien. ¡Así es cómo los franceses nombraban al nieto de los héroes que han hecho la gloria de su patria! Aun cuando se abjurasen todas las preocupaciones del ilustre nacimiento que la vuelta de las formas monárquicas debía necesariamente renovar, ¿es posible blasfemar de ese modo de los recuerdos de la batalla de Lens y de la de Rocroy? Ese mismo Bonaparte, que tantas batallas ha ganado, no sabe ni aun respetarlas; para él no hay ni pasado ni porvenir; su alma imperiosa y llena de orgulloso desprecio no reconoce nada de lo consagrado por la opinion; no admite el respeto sino hácia la fuerza existente. El príncipe Luis me escribía empezando su billete por estas palabras: «El llamado Luis de Prusia desea preguntar á Mad. de Stael, etc.» resentíase de la injuria hecha á la sangre real á que pertenecía, al recuerdo de los héroes entre los cuales aspiraba ardentemente á colocarse. ¿Cómo despues de este horroroso atentado ha podido unirse á un hombre como ese un solo rey de Europa? ¿Se dirá que obligado por la imperiosa necesidad? Hay un santuario en el alma, donde jamás debe penetrar su imperio; si así no fuese, ¿qué sería la virtud sobre la tierra? Un entretenimiento que no convendría sino á los tranquilos placeres de los hombres privados.»

Este resentimiento del príncipe que debía pagar con la vida, duraba aun cuando se abrió la campaña de Rusia en 1805. Federico Guillermo dice en su manifiesto del 9 de octubre: «Los alemanes no han vengado la muerte del duque de Enghien; pero nunca se borrará de su memoria el recuerdo de este atentado.»

Estos detalles históricos, poco apreciados, merecían serlo sin embargo, porque ellos explican las enemistades cuya causa sería difícil encontrar en otra parte, y manifiestan al mismo tiempo los escalones porque la Providencia conduce el destino de un hombre, para llegar desde la culpa al castigo.